

## Sinopsis

La historia de un mentor, de un hombre inteligente y sensible. José Manuel Luna Torres es un hombre exitoso; con gusto por el orden, modo en el vestir y cercana lozanía. Ingenioso. Reconocido (en secreto) por ser el famoso creador de los espacios bellos. Ingeniero civil de profesión. Fue al interior de ese proceso de aprendizaje que vislumbró la posibilidad de influir en la vida del país para sentar en su silla más preciada al hombre que él escogería y prepararía. Un relato con todo lo inevitable del destino. El destino, el supremo poder, la señora buena que va adelante de nosotros en el camino dejándonos migajas, espejitos, lucecitas...



# **El Supremo Poder**

de Roberto Valencia Galván

Para M H Alejandro...

Una historia por ahí de la década de los setentas, ochentas...

# **Primera Parte**

# 1

José Manuel Luna Torres, a un costado de la multitud, volteaba impaciente en espera de Pablo Alonso, entre tanto, no perdía de vista al gobernador que atendía asuntos breves, como era su costumbre cada vez que el grupo amigo de empresarios desayunaba con él. Fue un emisario personal del funcionario quien previamente informó a José del interés que había en el hombre fuerte en la zona por hablarle. Pablo Alonso apareció sofocado al fondo del grupo integrado por patronos, congresistas, amigos y uno que otro adulator, estiró el cuello y encontró la mano de Luna Torres quien le llamaba sin pronunciar palabra.

—¿Qué pasó, señor?

—Voy a hablar con don Carlos, quédate aquí conmigo, quiero aprovechar la oportunidad para presentarte.

Pablo Alonso Coronel era un joven de veintisiete años, de tez morena y de cuerpo ejercitado. Moldeado por la persistencia y un amor narcisista. Hacía aproximadamente siete años que recibía impulso y sostén económico de Luna Torres. Entre sus cualidades, contaba con estudios de posgrado en derecho constitucional y una sensibilidad especial para entender y hacer política. Recién egresado de su *alma-mater* en la unión americana, a la que ingresó con ayuda de su benefactor, optó por tratar de aproximarse, como colaborador, a las filas de una dirección general cautivante: a la de servicios electorales de la Cámara de Diputados. Lugar donde lucharía por apuntarse los primeros aciertos que, algún día, le llevaran a convertirse en respetado funcionario, ocupante de una de sus curules y aspirante viable a puestos de elección popular. Nativo de *Yautepec*, pueblo del que soñaba llegar a ser *hijo pródigo*, colaboraba en tiempos de ocio como asesor político y legal del “*Grupo Cívico Morelos*”, movimiento popular fundado y presidido con mano recia por su hermano Diego Alonso.

—¿Te cansaste? —Alzando ambas cejas y con un rozón de sorna, por verlo agitado.

—Es que me vine corriendo —respondió todavía jadeante.

—¿Pues no que haces mucho ejercicio? —suavecito, diluido, con tono sarcástico.

—Es que Tecla me dijo que me viniera ¡en chinga! ... —señalando a la distancia a un hombre de pie al lado de un vehículo.

—Está bien, relájate, no te me separes —tomándole por la nuca.

Carlos Vargas de Terán, mesiánico y autoritario político que recibiera su nominación como candidato a la gubernatura del estado de *Morelos*, en momentos en que la imagen de los gobernantes locales registraba su peor época, todos procedentes del mismo cochino grupo político, estableció desde un principio que de ser él el elegido, su gobierno se sustentaría, sólo, en el diálogo afable, directo y absoluto con todos y cada uno de los movimientos y agrupaciones emanados del pueblo, nada más; además, de eliminar todas aquellas plazas y programas que no justificaran su existencia. “*Antes de comer, primero vamos a definir quiénes tienen derecho a sentarse en la mesa.*”, dijo para no dejar lugar a dudas, acalorado y dispuesto, en la tarima de discursos de su cierre de campaña. Esta estratagema del, en aquel entonces, candidato, y las innumerables reuniones con los diferentes grupos y asociaciones, surtieron tal efecto entre los votantes, que meses más tarde le permitieron ganar el reñido puesto, en las elecciones más disputadas de las que se tuvieran registro, y memoria, en el estado. El hombre de la gran espalda y la sonrisa diabólica regiría el destino de todos ellos, dichosamente no reelegibles, los próximos seis años.

—¡José Manuel... José Manuel! —Gritos del gobernador a la par de estar escuchando reseña laboral de un subalterno— Acompáñame a mi casa, que te recojan allá.

—Sí, don Carlos.

José Manuel Luna Torres giró apurado y su mirada encontró la de su chofer, el de apelativo “*Tecla*”, que siempre permanecía atento a nuevas instrucciones de su jefe.

—Pablo, vete con Tecla y alcáncenme en casa de don Carlos.

—Sí, señor.

Luna Torres miró nuevamente a Tecla y con una breve señal le indicó que Pablo

Alonso llevaba las instrucciones.

—¿Nos vamos? —Inquirió el gobernador.

—Cuando diga, don Carlos. —Obediente y sumiso.

José rodeó la impecable camioneta oscura y abordó del lado contrario al que, por costumbre, sabía él, como unos pocos más, siempre ocupaba el jefe político de la zona. Las varias puertas azotaron, casi al unísono. La caravana formada por cuatro vehículos emprendió la partida, acompañada del movimiento de hombres, señales y el sonido grave de una torreta para despejar el avance; más de uno pensaba que una sirena de ambulancia sería menos escandalosa, incluyendo al propio gobernador que empezaba a cansarse de señalarlo.

Afuera en la avenida, pavimento, casas y árboles comenzaron a moverse; Luna Torres miraba en su ventana el pasar de todos ellos, fingiendo no prestar atención a las instrucciones que, en el interior del vehículo, el hombre de mayor rango daba al licenciado Valerio Junco, su secretario particular; hombre adusto que, agenda en mano, anotaba sin repetir, sin obstar que las instrucciones fluyeran con demasiada rapidez. En la espera, José poco a poco comenzó a mover la pierna con un brincoteo incesante, consecuencia natural de un toque de impaciencia lógica, por el extraño acontecimiento.

—¡Me pones nervioso, *Lucho*! —le expresaron al lado, deteniéndole el movimiento con la mano en la rodilla.

—Perdón, don Carlos.

Lucho era mote: era el sobrenombre con el que Vargas de Terán refería de Luna Torres cuando estaban en confianza. Una ocasión en presencia del gobernante, el del mote se jactó, fatuo, de conocer y poseer la mayor colección de disco de Lucha Reyes, su interprete favorita. Vargas de Terán, con toda la libertad de la fuerza que da una buena amistad, y el ánimo de varios *coñacs*, decretó desde esa noche bautizarlo con el ingenioso apodo; un aporte dúctil que recordara para siempre a los presentes la ocasión.

Era domingo, y salvo por los eventos, como los desayunos de cada mes con los amigos

del estado, o algún acontecimiento oficial en la capital, el titular del gobierno estatal tenía por costumbre descansar en casa, con su familia. Esta vez un importante encargo hizo que ese día se viera aún más obligado a perturbar la costumbre.

—Necesito que me hagas un favor —ahora sí concretito sobre Luna Torres.

—Usted dirá, don Carlos. —Atento y obediente.

—Don Alfredo del Rosal quiere remozar una casa ubicada allá por el rumbo de Coyoacán, en la ciudad de México, y yo le propuse que lo hicieras tú.

—¿Remozar? —totalmente extrañado, consecuencia del magro entendimiento.

—Sí. Es casa de sus suegros, me parece, y quiere cambiarse a vivir allá. El caso es que por su esposa no desea modificarla demasiado, pero sí lo suficiente para que quede algo a su gusto y funcional para lo que él necesita. Tiene que ser un trabajo muy dedicado e inteligente, para satisfacer: tanto a su esposa que no quiere que cambie mucho, por el recuerdo, tú sabes; y a él, que necesita de cierta comodidad para vivir. Además, debe mantener el estilo original. ¿Puedes? Haz a un lado tu gusto por trabajarle solo a tus recomendados.

Luna Torres lo miró fijamente por algunos segundos, le perturbó que no existió ni la mínima intención de, al menos, presentarle el tema como un bizcochito de *La Ideal*, la panadería del centro.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —Finalmente expresó.

—No. Ya sé lo que me vas a preguntar.

—¿Por qué yo? —Sin atender a la negativa.

—Capitán, que entren por atrás. —El gobernante hizo evidente su deseo de hablar a solas con su acompañante.

—Sí, señor. —El capitán Solís, jefe de escoltas, radió la clave a todos.

El convoy evitaba tener que rodear la propiedad cuando ingresaban por esa puerta que fue ideada, *ex profeso*, cuando Vargas de Terán fue enterado del resultado de las elecciones. La comitiva se apeó y en poco tiempo instaló al gobernador y su invitado en los jardines cercanos a la residencia.

—Recientemente don Alfredo ha emergido con mucha fuerza para presidenciable y



quiero, de alguna manera, mantenerme cerca de él –manifestó Vargas de Terán ya más suelto, una vez que caminaban solos.

—Por mí no hay problema. La cuestión es que no creo que él me tenga confianza, después de lo que pasó.

—Yo sé mi juego, Lucho. Olvídate del pasado y acepta.

—¿Él sabe quién soy yo?

—Sabe de tu trabajo y eso es suficiente.

—Me imagino que tendré que entrevistarme con él.

—Ya está todo arreglado, te esperan mañana a las ocho en su oficina.

—¿Hay algún propósito en especial, don Carlos? –escéptico y preciso.

—Nada, Lucho –con afectación condescendiente–; simplemente don Alfredo me ha hecho digno de su confianza y yo busco que gente de la mía sea la que esté entre nosotros.

—Está bien, don Carlos. Gracias. Ahí estaré; usted sabe que cuenta conmigo.

—Qué bueno, Lucho. Cuando termines le hablas a Valerio y le dices dónde estás, yo me comunico contigo.

—Está bien, señor... Señor, aprovechando que estamos solos, de un tiempo atrás he ayudado a un joven muy inteligente, disciplinado y hábil. Actualmente está trabajando en la *Cámara de Diputados*. Me parece que a usted le sería de mucha utilidad. Estoy seguro de que es una persona a la que se le puede sacar provecho.

—¿Me lo estás recomendando?

—Tiene cualidades.

Carlos Vargas de Terán lo miró buscando en el rostro muestra de las intenciones.

—Dile que hable con Valerio.

—¿Mañana?

—Sí.

—Correcto, señor.

José Manuel Luna Torres se despidió y caminó de regreso a su automóvil pensando ya en las consecuencias de la desagradable noticia. Alfredo del Rosal Márquez,

hombre con quien se presentaron roces de consideración, cuando siendo el titular de la *Secretaría de Comunicaciones y Transportes* benefició a constructoras de su parentela, en competencia directa con el equipo de Luna Torres, en un proyecto de obra pública, era la persona que menos convenía, ahora, a los intereses de su grupo de trabajo. José sabía, de sobra, que Carlos Vargas de Terán, por su trayectoria política y por su cercanía con el grupo en el poder, perfilaba con claridad para formar parte del gabinete presidencial del próximo gobierno, pero jamás calculó que Del Rosal fuera el hombre sobre quién pudiera caer la nominación del partido, al cargo de aspirante más viable. En ese momento se engendró en él la desconfianza natural que la confusión de los hechos recientes le provocaron. Y aunque Vargas de Terán era una persona en la que, sentía, podía confiar, éste no dejaba de ser un político que, como todos, movía piezas en busca de estrategias para su beneficio. De cualquier forma, tendría que salir algo bueno. Ahora sabía que Del Rosal podría ser el elegido y el principal beneficiado ya era él, que recibía la oportunidad, por si sola, de mejorar su condición y de poder establecer un plan certero para acomodar a su pupilo en cualquiera de las filas del próximo gobierno. A José le urgía definir una estrategia para instalar Pablo Alonso en el remolino político que se avecinaba, y qué mejor forma de empezar, que conociendo con antelación el caminito; además, el momento fue inmejorable: porque a cambio de un favor, pudo solicitar ayuda para Pablo Alonso. Así que viéndolo bien, el viento soplaba a favor.

Buscó a su *prole* y cuando los ubicó les indicó con el brazo en alto que iniciaban la retirada.

—Gracias, capitán —despidiéndose de mano, como siempre lo hacían con él.

—¿Ya, señor? Que le vaya bien.

Tecla embragó la reversa y puso en marcha el automóvil, una vez que todos los que correspondían estuvieron abordó.

—Vámonos. Ahora si métele la pata —para uno—, voy para México, Pablo, ¿dónde te dejo? —para el otro.

—En la desviación, señor. Voy a *Yaute*, a hablar con mi hermano y aprovecho para

ver a mi madre.

—Qué bueno. Y te recomiendo que te quedes con ellos, hablé con don Carlos y quiere que te entrevistes mañana con Valerio Junco.

—¿De verdad? —notoriamente emocionado— ¡Perfecto, señor! Mañana mismo, sin falta.

En pocos minutos pusieron al joven pasajero en su camino. Luego de las debidas recomendaciones y rápidas despedidas, Tecla enderezó la dirección y aceleró la potente máquina hasta escucharla en su punto. El tráfico cedía espacio los domingos y cualquiera lo aprovechaba para alcanzar distancias en tiempo récord, y ese día no podía ser la excepción. Luna Torres quería estar a tiempo para recoger a Bárbara en el teatro y reivindicarse con ella, llevándola a comer al lugar que tanto le gustaba; las últimas dos citas registraron retardo, y en una de ellas, fue hasta de una hora, así que, no habiendo inconveniente a la vista, esa tarde pensaba, incluso, presenciar parte de su ensayo, agradecerla con algunos comentarios que favorecieran a su autoestima y pasarla con ella hasta que se hartara de su presencia, para hacerla sentir mejor.

Bárbara Castillo era una actriz deseable: madura, de bonita figura; poseedora de una cultura envidiable, que a menudo cultivaba, y un punto de vista poco común de la vida. Mujer divorciada, con una hija de ocho años y una madre como familia. Como artista permanente de la *Compañía Nacional de Teatro*, trabajaba actuando bajo la dirección de los más talentosos creadores del rubro. “*La Gaviota*”, pieza en dos actos que la compañía ensayaba para estrenar en un mes, y en especial su personaje central, una diva de la farándula rusa de nombre *Arkadina*, estaban a punto de provocarle un trauma severo y hacerle renunciar a la representación escénica más importante de su vida: por ser el primer estelar con el grupo, y con uno de sus directores más prestigiados, y exigentes.

—¿Qué hora es? —mostrando impaciencia.

—Veinte para la una —respondió Tecla, mirando los números de la pantalla digital, ubicada para ambos en el tablero de controles del modelo reciente—; es buena hora, ingeniero —sin dejar de atender al camino.

Luna Torres se relajó para contemplar el verdor de las inmediaciones, con toda la cara de andar meditando, pensó en estar sentado frente a una taza humeante del café *La Habana* en la calle de Bucareli.

—¿Estás intranquilo, ingeniero?

—No –seco.

—Le dio mucho gusto al muchacho estar aquí hoy y verte muy atento tratando de conseguirle algo –para hablarle de cualquier cosa.

—¿Pablo?, ¿te comentó algo?

—No, pero estaba impaciente por saber qué podrías resolverle hoy.

—A ver cómo le va mañana con Valerio Junco –más para sí mismo–; a propósito, mañana tengo que verme con licenciado Alfredo del Rosal en sus oficinas *del deéfe*; tenemos que estar allá a las ocho en punto.

—¿Con Alfredo del Rosal? –muy extrañado–; y ahora, ¿qué asuntos tienes tú con ese señor?

—El señor ese –imitándole el tomo– quiere remodelar una propiedad y don Carlos me recomendó con él, ¿qué te parece?

—¿Tú, con Del Rosal? –incrédulo.

—Ese señor, dicen, puede ser candidato... Y me lo dijo una muy buena fuente. Créelo.

—¡Dios!, ¿Del Rosal? ... ¡Huf! ... ¿Quién lo diría? ... No pus' así sí; te conviene, ¿no?

—Pues, no sé... –breve espacio reflexivo–. Debería aprovechar para quitarle de la cabeza cualquier idea mala que tenga de mí, si es que la tiene, ¿no? ¿Sabes qué?, voy a hablar con don Samuel hoy en la noche, no se vaya a enterar por otro lado. Cuando me dejes localiza al maestro Guerrero y dile que nos vemos en la casa, hoy, a las nueve.

—Sí, ingeniero.

El automóvil consumió kilómetros en franca estabilidad permitiendo disfrutar del recorrido, incluso, sumiendo al de la menor concentración en un sopor difícil de dominar, cuando José comenzaba a cabecear, Tecla lo recuperó para avisarle que

estaban a poco de alcanzar su destino.

—¿Qué voy a hacer, te espero? —consultó.

—No, me dejas en el teatro y me recoges a las siete y media en el “*San Angel Inn*”.

—Bueno, ahí llego.

—¡En punto! —tajante.

—¡Sí!

Tomó su chamarra y la puso sobre las piernas, desabrochó el cinturón del asiento y se estiró como pudo en el espacio disponible. Ese día, por la imperante necesidad de terminar de revisar algunos estados financieros con números de información privilegiada, empezó a las seis de la mañana; y para colmo de males, la noche anterior no había sido todo lo reparador que él hubiera deseado, así que, en acciones de su persona, algunas, no todas, mostraba flojera y lentitud, propias de un adulto de su edad, agotado por el trabajo. Bajó del auto y buscó el acceso al interior del teatro. Recorriendo con la mirada, encontró el automóvil de Bárbara, estacionado junto a uno de los accesos laterales al edificio. Bárbara Castillo era floja para caminar, y más para cargar, paradójicamente siempre llevaba con ella bolsos llenos de todas las cosas que las mujeres cargan, incluyendo cigarros, ropa y zapatos para los ensayos, dos botellas de agua, algún gorro (por lo regular usaba uno) y, si las condiciones meteorológicas lo ameritaba, sombrilla, nada detestaba tanto como mojarse la cabeza; así que la mejor manera de localizarla, siempre, era buscando su automóvil, sin distinción, era capaz de llegar muy temprano o esperar lo que fuera para encontrar un lugar de estacionamiento cercano al lugar adonde iba estar. “*Magoya*”, el caricaturista político del periódico “*La Nación*” y uno de los más festejados del medio, le homenajeó en uno de sus onomásticos con una caricatura de su puño, en la que ella se muestra dormida y su auto estacionado a un costado de su cama; contrariamente a que ésta era una burla abierta, ella conservaba el dibujo con cariño. Magoya era un amigo que la estimaba mucho, y desde hacía tiempo, así que lo enmarcó y lo colgó en una de las paredes de su estudio, sitio donde también exhibía su colección de gorras y cachuchas, surtido extenso, de la que resaltaba una de cubierta percutida, botón de broche y con

anteojeras, de los inicios de la aviación.

Luna Torres intuyó, entonces, que ése sería el acceso correcto y se dirigió hacia él. La puerta estaba abierta. Al entrar se percató que nadie la cuidaba; recordó cuando él y un grupo de amigos bribones del colegio *San Juan Bautista* se colaron al cine “*Estadio*”, en la esquina de Yucatán y Coahuila en la colonia roma, sin pagar entrada, llamó su atención haberlo recordado con tanta claridad. Aquella tarde daban “*Barba Azul*”, una película para adultos, *¡la primera que vio!* en su vida. El pasillo, por el efecto del sol exterior, se tornaba más oscuro a cada paso que le internaba, al tiempo que voces provenientes de las entrañas más y más claro se escuchaban. Subió las escaleras que le marcaron el final del túnel y se topó con las altas cortinas que aforan la salida de actores del escenario. Ahí encontró al primer empleado del teatro, hombre amable, sentado en una silla de madera chiquitita y gastada, quizá parte de alguna escenografía olvidada, quien le señaló la puerta que le conduciría a la zona de butacas. El ensayo corría con Bárbara en el escenario: era el tercer acto y *Trepliov* le exigía a *Arkadina*, su madre, que abandonara al escritor que tanto daño les había hecho. La representación, cargada de intensidad, lo atrapó con tal sutileza que le llevó más de varios segundos encontrar una fila segura, de incógnito, desplazarse entre las butacas vacías y elegir una para sentarse. Clavó la mirada y su atención en la representación y sus actores, que desbordando cualidades, mostraban con intención notoria ir en pos de satisfacer las exigencias del director, el que, de pie, justo al centro del proscenio, vestido con pantalón de lana, suéter de alpaca y los brazos cruzados, se mantenía prácticamente pegado a ellos, oliendo la secuencia.

El espectador espontáneo, sin perder detalle, *se aventó* lo que restaba de la obra, aun cuando no fuera lo que se considera un amante del género. Bárbara, con profunda intención, ya había logrado despertar en él el gusto por apreciarlo: enseñándole los elementos que lo componen, la compleja relación entre quien interpreta y dirige; además, de la extensa cantidad de autores que escriben y han escrito para el mismo propósito. ¿No sabías?, la representación teatral tiene diferentes géneros y estilos. Cuando finalizó el ensayo, Bárbara se descubrió observada insinuosamente por

alguien que se desplazaba de una de las butacas hacia el corredor central. Las luces encendidas en dirección al escenario provocan una ceguera casi total, que es difícil identificar a aquellos que se encuentran a los extremos o al fondo.

—¿Te equivocaste de lugar? —exclamó la mujer, inmediatamente al identificarlo.

—No. Vine a ver tu ensayo —respondió el hombre, feliz de descubrir su asombro.

—Ahora sí me apantallaste.

—¿Vamos a comer?

—¿Me vas a invitar?

—Echamos un volado, ¿no?

—¡Sácate, que!; además, me debes una, no te hagas.

—Ya vas, yo te invito.

—¿A dónde me vas a invitar?

—Déjame ver cuánto traigo. —Luna Torres extrajo la cartera de la bolsa trasera del pantalón y levantó la mano para apoyarse con los dedos, contó del uno al cinco y respondió: —Qué te parece al “*San Angel Inn*”.

Bárbara frunció el entrecejo y lo observó, incrédula. Cuando la desconfianza le atacaba tenía la costumbre de clavar la mirada en los ojos de su interlocutor, y saltando incesantemente de uno a otro, trataba de descubrir la verdadera intención de sus acciones, tal y cómo lo hacía en ese momento. Un felino silencioso y taimado.

—¿Y a qué hora te tienes que ir?

—Tengo libre hasta las siete y media.

—¡Mm! ...

Bárbara tomó su maleta y se sentó en una de las butacas cercanas, a despojarse del vestuario que utilizaba para acostumbrarse al atuendo de la época en que estaba ubicada la pieza que preparaba en turno; y como éste se lo colocaba sobre la ropa que llevaba, porque en el interior del teatro hacía frío, la tarea se completaba sin demora. Durante ese breve espacio miró a José Manuel.

—Bueno, mujer, ¿qué me miras?

—Algo traes tú —colocándose su gorro.

—¿Por qué? —riendo.

—¿Cómo, por qué? ... Vienes sin avisarme, entras a ver el ensayo..., andas raro.

—¡Tenía ganas de verte!

La actriz retacó la maleta y la cerró, revisando que nada quedara fuera.

—Bueno, ya vas. De todos modos, ya te conozco, al ratito sueltas la sopa; y ya que estás aquí, te voy a disfrutar... Hasta las siete y media dijiste, ¿verdad?

—Ni un minuto antes, ni un minuto después —en tono de broma.

—Ya veremos —amenazadora.

—No, es en serio.

—¡Ya veremos! —ahora ella era la que reía.

Con Bárbara colgada del brazo, emprendieron camino, empezando por el corredor central del interior del teatro. Una dulce postal de dos personas felices de compartir el merengue que les iba brotando ya de la boca.

—¡Hasta mañana! —gritó al grupo de actores y tramoyistas, reunidos en el escenario—

. Tengo que llamarle a mi mamá para avisarle —más bajito, sólo para el de su derecha.

La pareja, por la maldita abundancia en sus actividades, disponía regularmente de poco tiempo libre, por eso mismo procuraban reunirse continuamente, aunque fuera sólo para comer o tomar una taza de café. Se encontraban por el *Reloj Chino* o se juntaban en el *Café au Lait* a comer *croissants* en la plaza Rio de Janeiro, esos encuentros a veces eran muy pecaminosos. Quizá esa era la clave del éxito de su relación: cuando sus responsabilidades se los permitía, se correspondían intensamente, en venganza, quizá, de la situación que el destino les daba, sin recriminarse que ese gusto se pudiera repetir tres o cuatro semanas después. José Manuel Luna Torres estaba entregado a desarrollarse como empresario y mecenas, y Bárbara Castillo a superarse como actriz, además, de luchar por llevar a su hija a un crecimiento cultural en todas las artes, sin límites. Los dos se convidaban de sus experiencias y se acompañaban; y se apoyaban, cuando era necesario. Sin compromiso. La crítica se daba sana y abierta; y en ocasiones, dependían de ella. La existencia para ambos significaba más que un hecho cotidiano y eso los enfrentaba



regularmente, no obstante, su evidente afinidad, pues las dos partes coincidían plenamente en su deseo por trascender.

José acomodó la maleta y demás pertenencias de la mujer en la cajuela de su auto, abordó en lugar del conductor y se colocó el cinturón de seguridad, antes que ella se lo demandara, a veces, cuando se lo proponía, ella podía llegar a ser demasiado manipuladora.

—¿Cuánto viste del ensayo?

—Una buena parte.

—No viste el principio, ¿verdad?

—No. Llegué mucho después, pero vi una buena parte. ¿Por qué?

—¡Hay! ... Es que este papel me está matando... ¿Desde dónde viste?

—Vi... desde... cuando tú hijo te está gritando y tú le dices provinciano de algo...

—¡Ha!, ya sé desde dónde... Llegó, ¿verdad? —colgó lo último para José, que también tuvo el mismo origen.

José chasqueó los dientes y puso en marcha el automóvil.

—¡Uy! no es cierto —en tono de ternura—. Estoy jugando —revolviéndole el cabello.

—Ya... —sacudiéndose—. ¿Por qué la pregunta?

—¡Hay! ... Es que me está matando el personaje. —Bárbara se dobló poniendo las manos en la nuca, luego se enderezó y expresó temerosa: —¿Cómo lo viste?, dame tu opinión sincera.

—A mí me gustó.

—¿Es todo? ... ¿No tienes otra cosa? Pero ¡dime algo más! No me veo falsa o sobreactuada... ¡Dime algo más! —se sobó las manos, ansiosa—. ¡A mí no me gusta! Estoy acartonada —y se escurrió en el asiento—. ¡Hay! ...

—¡Estás bien! —condescendiente—. A mí me gustó; lo que pasa, es que te estás presionando demasiado.

—¡Hay! ..., es que es un autor muy difícil y el maestro Boaldrich es muy exigente dirigiendo. ¿Será por eso? —irónica. Para sí misma.

—Pero ¿te ha dicho algo?

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

